



MINISTERIO APOSTÓLICO INTERNACIONAL

Anhelamos acompañarte con una Palabra de amor y esperanza.

www.palabrasdevida.com

Sumisión Activa:

Cómo la oración por autoridades cumple el propósito redentor de Dios.

Contenido

Prólogo: El Susurro que Mueve el Trono	2
SECCIÓN 1: MARCO INTRODUCTORIO Y CONTEXTO HISTÓRICO.....	2
Capítulo 1.1: El Escenario de la Instrucción: Éfeso y el Imperio.....	3
Capítulo 1.2: La Prioridad Axiológica de la Intercesión.....	3
SECCIÓN 2: ANÁLISIS EXEGÉTICO Y LINGÜÍSTICO	6
Capítulo 2.1: Las Cuatro Dimensiones de la Comunicación Divina	6
Rogativas: El Reconocimiento de la Insuficiencia Humana	6
Oraciones: La Elevación de lo Civil a lo Sagrado	7
Peticiones: La Libertad de Acceso ante el Rey	7
Acciones de Gracias: El Reconocimiento de la Gracia Común.....	8
SECCIÓN 3: ALCANCE UNIVERSAL Y FUNDAMENTACIÓN DOGMÁTICA.....	9
Capítulo 3.1: La Deconstrucción del Exclusivismo Religioso.....	10
Capítulo 3.2: La Soteriología de Dios y el Rescate de Cristo	11
SECCIÓN 4: LA FENOMENOLOGÍA DE LA PAZ	13
Capítulo 4.1: Quieta y Reposadamente: La Dualidad de la Paz.....	13
Capítulo 4.2: Piedad y Honestidad: El Testimonio del Carácter.....	15
SECCIÓN 5: EL DEBATE HERMENÉUTICO: ALCANCE DEL RESCATE	16
Capítulo 5.1: Perspectiva Reformada vs. Dispensacionista	17
La Visión Reformada: El Universalismo de Categorías.....	17
La Visión Dispensacional: Universalidad Literal y la Urgencia del Tiempo	17
Un Punto de Encuentro. La Posición de Palabras de Vida:	18

SECCIÓN 6: IMPLICACIONES PARA LA PRAXIS PASTORAL Y ÉTICA CÍVICA ..	19
Capítulo 6.1: La Función Sacerdotal y Profética de la Iglesia	19
Capítulo 6.2: Desafíos del Siglo XXI y Ética de la Oración	20
SÍNTESIS CONCLUSIVA.....	21
Oración de Cierre.....	21
Preguntas para la reflexión:	22
Cuestionario de Evaluación	22

Prólogo: El Susurro que Mueve el Trono

*¿Es posible que el destino de una nación no se decida en los despachos de mármol o en las urnas electorales, sino en la intimidad de una habitación donde alguien dobla sus rodillas? A menudo entendemos la sumisión como un acto de pasividad o silencio, pero lo que estás a punto de descubrir es una **"Sumisión Activa"**: una forma de resistencia espiritual y colaboración divina que trasciende los sistemas políticos.*

En las páginas siguientes, serás conducido desde las convulsas calles de Éfeso hasta la comprensión de por qué el cielo exige que intercedamos por aquellos que, a veces, parecen los menos merecedores de ello. No es un manual de civismo; es una invitación a ejercer un sacerdocio cósmico que utiliza la gratitud como arma y la paz como testimonio. Te invito a entrar con una pregunta en mente: *¿Y si tu oración por quien te gobierna fuera la llave que Dios ha elegido para abrir la puerta de la salvación de todo un pueblo?*

SECCIÓN 1: MARCO INTRODUCTORIO Y CONTEXTO HISTÓRICO

El caminar de la iglesia a través de los siglos no ha sido un trayecto por senderos despejados, sino una travesía constante por terrenos donde la fe colisiona con las estructuras del mundo. Cuando abrimos la primera epístola a Timoteo, no estamos simplemente ante un manual de orden eclesial o un conjunto de consejos administrativos; nos encontramos ante un manifiesto de resistencia espiritual y fidelidad redentora. Pablo, el apóstol veterano, escribe a su joven hijo en la fe con una urgencia que trasciende el tiempo, recordándonos que la vida de la iglesia no se define por sus muros, sino por su postura ante el trono de Dios y también, entre otros, por su responsabilidad ante las naciones.

Para comprender la magnitud de la instrucción que estamos por estudiar, debemos despojarnos de nuestra mirada contemporánea y permitir que el Espíritu nos traslade a un rincón específico del Imperio Romano en el primer siglo. Allí, en una atmósfera cargada de tensiones políticas y fervor pagano, nace un mandato que cambiaría para siempre la relación del creyente con el poder civil: *el llamado a la intercesión como prioridad absoluta.*

Capítulo 1.1: El Escenario de la Instrucción: Éfeso y el Imperio

La ciudad de Éfeso no era un escenario neutral para el desarrollo del evangelio. Al ser el centro administrativo de la provincia de Asia, esta metrópoli actuaba como un gigantesco crisol donde se fundían el poder político de Roma y la herencia cultural griega. Con una población que se estima en los 200,000 habitantes, Éfeso era una de las joyas de la corona imperial, un bastión de la identidad pagana que respiraba una religiosidad que lo impregnaba todo. No había separación entre lo sagrado y lo civil; en Éfeso, la lealtad al Imperio se manifestaba en la devoción a los dioses.

En el corazón de esta urbe se alzaba el **Templo de Artemisa**, una estructura de tal magnificencia que fue considerada una de las maravillas del mundo antiguo. Pero este templo era mucho más que un monumento arquitectónico; era el eje motor de la vida económica y social de la región. La idolatría no era solo un sistema de creencias, sino una industria que generaba ingresos masivos a través de la superstición y el comercio de objetos sagrados. Para los efesios, Artemisa era la protectora, la proveedora y el símbolo de su prestigio. Introducir el mensaje de un solo Dios vivo en este entorno era desafiar no solo una religión, sino el sustento mismo de miles de ciudadanos.

Junto al fervor por Artemisa, la ciudad albergaba una realidad política aún más compleja: **el culto imperial**. En las calles de Éfeso, se honraba a los emperadores como dioses manifestados en la tierra, exigiendo una lealtad que rayaba en la adoración. Esta atmósfera creaba un conflicto constante para la comunidad cristiana primitiva. *¿Cómo podía un seguidor de Jesús habitar una ciudad que exigía reconocer al César como señor supremo?* La respuesta de Pablo no sería el aislamiento ni la rebelión armada, sino una sumisión activa mediada por la comunicación con el cielo.

La cronología de esta carta es fundamental para captar su peso dramático. Se estima que fue escrita aproximadamente entre los años 62-64 d.C., un periodo que coincide con la etapa más oscura del reinado de Nerón. En estos años, la administración imperial comenzó a desprenderse de cualquier pretensión de justicia para volverse progresivamente autocrática. El hombre que se sentaba en el trono de Roma era el mismo que, poco después, iniciaría la primera gran persecución oficial tras el devastador incendio de la capital.

Es precisamente en este contexto de hostilidad inminente donde el apóstol lanza una instrucción que parece, a ojos humanos, absolutamente contradictoria. Bajo el gobierno de un tirano que pronto buscaría la sangre de los santos, la iglesia recibe la orden de orar. No es un llamado a la rendición, sino a la activación del arma más poderosa que posee el pueblo de Dios. Pablo sabe que el destino de los imperios no se decide únicamente en los palacios de mármol, sino en los altares de intercesión de los humildes.

Capítulo 1.2: La Prioridad Axiológica de la Intercesión

Al entrar en el segundo capítulo de la epístola, Pablo no pierde tiempo en preámbulos. Su lenguaje es directo y está cargado de una jerarquía de valores que la iglesia contemporánea a menudo olvida. El apóstol inicia su instrucción con una expresión griega que establece el tono de todo lo que seguirá: ***proton panton***.

1 Timoteo 2:1: "*Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres*".

La instrucción de Pablo en **1 Timoteo 2:1** inicia con una poderosa estructura de énfasis mediante la expresión ***ante todo*** (*proton panton*), donde el término primero (*proton*) establece una prioridad no cronológica, sino de rango e importancia suprema para la vida de la iglesia. Resulta fascinante observar que el apóstol utiliza un juego de palabras intencional con el término todos (*panton*); lo emplea primero para elevar la intercesión por encima de *todas* las demás actividades eclesiológicas, y lo repite al final del verso para definir que el objeto de dicha oración debe ser la humanidad entera, por *todos* los hombres sin exclusión. De este modo, la hilación del pensamiento apostólico revela que la prioridad máxima (*proton*) de la comunidad de fe es el ejercicio de una gracia que no conoce fronteras, asegurando que la intercesión sea tan amplia como el amor de Dios por Su creación.

Por lo tanto, el término *proton* (Strong G4412) y su acompañante *panton* (Strong G3956) no pretenden establecer simplemente un orden cronológico en el desarrollo de un culto dominical. Pablo no está diciendo: "antes de cantar, oren". Lo que el apóstol está señalando es una prioridad de importancia, de excelencia y de valor axiológico. En la escala de valores de la vida cristiana, la intercesión por el mundo exterior ocupa el lugar más alto.

Nota: El valor axiológico se refiere a la cualidad, importancia o mérito que se le atribuye a personas, objetos, acciones o ideas, determinando si son considerados buenos, deseables o valiosos. Derivado de la axiología (estudio de los valores), este concepto se centra en la valoración ética, estética o funcional. Axiología = Proviene del griego *axios* (valor) y *logos* (estudio), siendo la rama de la filosofía que estudia la naturaleza de los valores.

Esta instrucción actúa como un regulador espiritual para la comunidad de fe. La iglesia en Éfeso, al igual que muchas de nuestras congregaciones hoy, corría el riesgo de ensimismarse. Las disputas internas, las discusiones sobre genealogías y las diferencias doctrinales menores a menudo consumían la energía de los creyentes. Pablo utiliza el llamado a la oración para reorientar la atención de la asamblea reunida, sacándola de sus conflictos domésticos y colocándola en su verdadera posición: *la de mediadora por el mundo que la rodea*.

La intercesión no es una labor opcional para el creyente; es la labor fundamental que justifica nuestra existencia como asamblea en medio de las naciones. Dios no nos ha dejado en el mundo para que nos convirtamos en un club cerrado de bienestar espiritual, sino para que seamos el puente por el cual la gracia divina y la voluntad de Dios toquen las estructuras humanas. Cuando la iglesia ora por aquellos que no

conocen a Dios, o incluso por aquellos que la persiguen, está cumpliendo su esencia sacerdotal.

Esta prioridad axiológica (de valores), nos recuerda que la oración no es el último recurso cuando la política o la estrategia fallan; es la primera línea de acción de un Reino que no es de este mundo. Al elevar nuestras manos por los gobernantes y por "*todos los hombres*", estamos afirmando que nuestra mayor influencia sobre la sociedad no proviene del voto, de la protesta o de la conspiración, sino del acceso que tenemos al Trono de la Gracia.

"La intercesión es el lenguaje de un Reino que conquista mediante la gracia y no mediante la fuerza"

Para profundizar en el propósito de este mandato, es vital considerar la perspectiva de aquellos que han dedicado su vida al estudio sistemático de la Palabra. Según **John MacArthur**, en su *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: 1 Timoteo* (Editorial Portavoz, 1995, p. 74), *el fin último de orar por el gobierno no debe confundirse con la simple búsqueda de un bienestar temporal para el cristiano*. A menudo, caemos en la tentación de orar por los líderes solo para que bajen los impuestos o para que la economía mejore en nuestro beneficio personal.

Sin embargo, **MacArthur** argumenta que el objetivo es mucho más elevado: *la creación de un entorno libre de estorbos para la proclamación de la verdad*. La paz que pedimos no es la paz del conformismo, sino la paz de la oportunidad evangelística. La iglesia reconoce con humildad la soberanía absoluta de Dios sobre todos los asuntos humanos, manteniendo la firme confianza de que incluso un gobernante malvado —como lo era Nerón en el momento de esta carta— puede ser utilizado por el Señor para proporcionar la estabilidad necesaria que permita el avance del evangelio.

Nuestra intercesión es, por tanto, un acto de fe en que la mano de Dios mueve los hilos de la historia, incluso cuando los actores en el escenario parecen ser hostiles a Su Reino. El pueblo de Dios no se desespera ante la mala gobernanza; intercede con fidelidad, sabiendo que el corazón del rey está en las manos de Aquel a quien servimos.

Esta primera sección nos deja ante una verdad ineludible: *la iglesia está llamada a habitar el mundo sin ser absorbida por él, y su herramienta de mayor impacto es la comunicación constante con el Soberano de los cielos*. Antes de preocuparnos por los cambios externos en la estructura del poder, debemos asegurarnos de que estamos cumpliendo con nuestra prioridad *proton*: ser una comunidad que ora, que suplica y que da gracias por todos, sabiendo que en el diseño de Dios, la paz social es el suelo donde la semilla del evangelio debe crecer con libertad.

La historia de Éfeso es la historia de cualquier ciudad donde el poder humano se siente absoluto. Pero sobre el Templo de Artemisa y sobre el trono del César, se eleva la voz de una iglesia que, atendiendo al mandato apostólico, decide que su

primera tarea es hablar con Dios a favor de los hombres. En esa obediencia radica nuestra verdadera fuerza y nuestro propósito redentor.

SECCIÓN 2: ANÁLISIS EXEGÉTICO Y LINGÜÍSTICO

Habiendo establecido que la intercesión es la prioridad fundamental de la asamblea, debemos ahora dirigir nuestra atención a la arquitectura interna de esta labor. La instrucción que el apóstol Pablo entrega a la iglesia no es una exhortación genérica a "*pedir a Dios*", sino que utiliza un lenguaje de una precisión asombrosa para describir las múltiples dimensiones de nuestra comunicación con el cielo. El Espíritu Santo inspiró el uso de cuatro términos específicos: **rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias**.

Esta diversidad terminológica no es una redundancia poética, sino una hoja de ruta técnica para el ejercicio de nuestra responsabilidad sacerdotal. Cada palabra abre una ventana distinta hacia la manera en que el Reino de Dios interactúa con las estructuras humanas. Al profundizar en estos vocablos, descubrimos que nuestra gestión ante el Señor por las naciones debe ser tan variada y compleja como las necesidades mismas de la sociedad en la que habitamos.

Capítulo 2.1: Las Cuatro Dimensiones de la Comunicación Divina

La riqueza del griego koiné nos permite desglosar la intercesión eclesial en facetas que abarcan desde el reconocimiento de la indigencia humana hasta la audacia de entrar en la sala del trono para gestionar el destino de las naciones. Este análisis nos permite entender que la oración por quienes ostentan autoridad es un ministerio que requiere tanto humildad como autoridad delegada.

Rogativas: El Reconocimiento de la Insuficiencia Humana

La primera dimensión mencionada por el apóstol es la de las rogativas, traduciendo el término griego *deeseis* (Strong G1162). Este vocablo tiene su raíz en la noción de carencia, necesidad urgente o incluso indigencia. Cuando la iglesia se acerca a Dios mediante las *rogativas*, lo hace desde el reconocimiento de una insuficiencia radical. No es el ruego de quien tiene recursos propios, sino el clamor de quien sabe que existe un vacío que solo la intervención divina puede llenar.

En el contexto de la intercesión por las autoridades, el uso de este término es profundamente revelador. Sugiere que el creyente debe reconocer la insuficiencia humana de los gobernantes. A menudo, la sociedad tiende a ver a los líderes bajo dos extremos: o como figuras todopoderosas que deben resolverlo todo, o como villanos responsables de cada fracaso. Pablo nos invita a una tercera vía: verlos como seres humanos marcados por la indigencia de sabiduría y fortaleza moral. Al elevar rogativas, estamos admitiendo ante el Padre Celestial que el peso de gobernar a otros es una carga que ningún ser humano, por muy capacitado que esté, puede llevar con éxito por sus propios medios.

Por lo tanto, la iglesia debe rogar por sabiduría y fortaleza para tareas que ningún líder humano puede cumplir por sí solo. Estamos pidiendo que Dios supla lo que a

ellos les falta: discernimiento para distinguir lo justo de lo injusto, integridad para resistir la tentación del poder y la lucidez necesaria para buscar el bien común por encima de los intereses personales. Las *rogativas* es el acto de misericordia mediante el cual la iglesia pide que la plenitud del Señor toque la escasez del hombre que ostenta la autoridad.

Esta perspectiva transforma nuestra actitud hacia los gobernantes. En lugar de limitarnos a la crítica ácida, nos convertimos en proveedores espirituales que suplen, mediante la oración, la carencia de aquellos que están en eminencia. Reconocer que ellos son "indigentes" de la gracia de Dios nos permite interceder con una humildad que refleja el carácter del Salvador, quien se compadeció de las multitudes que andaban como ovejas sin pastor.

Oraciones: La Elevación de lo Civil a lo Sagrado

El segundo término empleado es oraciones, del griego *proseuchas* (Strong G4335). A diferencia de otros vocablos que pueden referirse a peticiones entre humanos, *proseuchas* es un término exclusivo para la comunicación con la deidad. Su presencia en este pasaje es fundamental, ya que santifica la intercesión por el Estado y la saca del terreno puramente secular o político.

El uso de este término eleva la intercesión por el Estado de ser una simple necesidad política a convertirse en un acto de adoración y sumisión de las estructuras políticas al señorío divino. Cuando la asamblea se reúne para ofrecer *oraciones*, está declarando que no hay rincón de la vida pública que esté fuera de la jurisdicción de Dios. Al traer los asuntos del gobierno al ámbito de la "oración sagrada", estamos afirmando que el César no es autónomo, sino que existe un Trono más alto ante el cual toda autoridad terrenal debe, tarde o temprano, rendirse.

Esta dimensión de la oración nos invita a ver la gestión civil como un campo misionero y un espacio de servicio a Dios. Al orar con este espíritu, buscamos que los principios del Reino permeen las instituciones humanas. No estamos simplemente pidiendo "favores" para la iglesia, sino que estamos ejerciendo nuestro sacerdocio universal, actuando como mediadores que presentan las estructuras del mundo ante la santidad de Aquel que reina sobre los ejércitos celestiales. Esta *oración* es la afirmación de que el orden social es una cuestión que le interesa profundamente al Creador.

A través de esta faceta, la iglesia santifica su entorno. Al orar por los sistemas de justicia, de educación y de gobierno, estamos pidiendo que la luz del Señor brille en esos pasillos a menudo oscuros. Es un acto de fe que cree que la presencia de Dios puede influir en las leyes y en los decretos de los hombres, alineándolos con Su voluntad perfecta para la preservación de la humanidad.

Peticiones: La Libertad de Acceso ante el Rey

La tercera dimensión de la oración es la que Pablo denomina peticiones, traduciendo el griego *enteuxeis* (Strong G1783). En el griego extrabíblico, este era el término

técnico utilizado para describir una audiencia formal con un rey o una petición oficial presentada ante un magistrado. Este vocablo nos otorga una posición de audacia espiritual que es, a la vez, asombrosa y comprometedora.

El uso de peticiones (*enteuxeis*) indica que la iglesia tiene un derecho de audiencia ante el Rey de Reyes para realizar una gestión espiritual activa. No somos súbditos que suplican desde la distancia sin esperanza de ser escuchados; somos ciudadanos del Reino que entran con legalidad en la corte celestial para tratar asuntos de estado espiritual. La iglesia actúa como una entidad mediadora que busca influir en el curso de la historia a través de la intervención divina.

Sobre esta dimensión específica, el comentario de **Jamieson, Fausset y Brown** aporta una claridad esencial al destacar el matiz de confianza que este término implica. Según **JFB**, *el término griego para peticiones conlleva la idea de un acercamiento libre y confiado a la presencia de Dios; es la libertad de acceso que permite presentar una solicitud con la seguridad de ser atendido por el Soberano* (Comentario Crítico y Explicativo de la Biblia, Tomo II, p. 504). Esta "libertad de acceso" es el fundamento de nuestra audacia: el pueblo de Dios no adivina si puede influir en la realidad, sino que ejerce su derecho legal de petición ante el Único que tiene el poder de inclinar el corazón de los reyes según Su voluntad.

Nuestras *peticiones* son, por tanto, gestiones formales ante el Trono. Estamos gestionando la paz, abogando por la libertad del evangelio y solicitando que la mano del Señor intervenga en situaciones que, humanamente, parecen no tener salida. Esta gestión activa nos recuerda que somos colaboradores de Dios en el mantenimiento espiritual de la sociedad. La oración no es un retiro del mundo, sino una intervención estratégica en las esferas donde se decide el destino de los pueblos.

Acciones de Gracias: El Reconocimiento de la Gracia Común

Finalmente, el apóstol incluye las acciones de gracias, del griego *eucharistias* (Strong G2169). Este es, quizás, el componente más desafiante para la iglesia, especialmente cuando se enfrenta a gobiernos que no reflejan los valores del Reino. Sin embargo, la *eucharistia* introduce un elemento de gratitud por el orden social básico que el gobierno proporciona.

Esta dimensión de la oración se basa en el reconocimiento de que incluso un Estado imperfecto es un instrumento de la gracia común de Dios para prevenir el caos y permitir la convivencia social. Debemos recordar que, en Su soberanía, el Señor utiliza las estructuras humanas para contener el desbordamiento de la maldad que el pecado produce en el corazón del hombre, una realidad descrita con crudeza desde los albores de la historia en **Génesis 6:5**: *"Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal"*. Si no existiera la autoridad civil como freno providencial ante esta inclinación caída, el mundo se precipitaría en una anarquía donde el débil no tendría protección alguna. Por lo tanto, damos gracias

por la existencia de la ley, de la justicia y del orden, reconociendo en ellos la providencia de Aquel que sostiene todas las cosas.

Dar gracias por las autoridades es un antídoto contra el cinismo y la amargura. Nos obliga a buscar los rastros de la bondad de Dios incluso en sistemas que están lejos de ser ideales. Cuando la iglesia da gracias por la estabilidad que permite el comercio, la educación y la libre proclamación de la Palabra, está reconociendo que Dios es el verdadero sustento de la sociedad. La *eucaristía* nos permite orar desde un lugar de esperanza, celebrando la fidelidad del Señor que, a pesar de la falibilidad humana, sigue gobernando el mundo con mano firme.

"La intercesión eclesial es la diplomacia del Reino que transforma la necesidad humana en intervención divina"

Al integrar estas cuatro dimensiones —rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias— la iglesia desarrolla una vida de oración equilibrada y poderosa. No estamos simplemente cumpliendo con un requisito litúrgico; estamos activando un mecanismo de gobierno espiritual que el Espíritu Santo ha puesto a nuestra disposición.

Entender estos términos nos permite pasar de una oración pasiva a una intercesión informada. Sabemos ahora que debemos presentarnos ante el Padre Celestial con la humildad del indigente que pide sabiduría para el líder, con la reverencia del adorador que santifica el espacio público, con la audacia del embajador que gestiona audiencias reales y con la gratitud del creyente que ve la mano de Dios en el orden social. Esta arquitectura de la comunicación divina es el medio por el cual la paz de Dios se infiltra en las estructuras de los hombres, preparando el camino para que la verdad del evangelio corra y sea glorificada.

SECCIÓN 3: ALCANCE UNIVERSAL Y FUNDAMENTACIÓN DOGMÁTICA

Si la sección anterior nos entregó el vocabulario de la intercesión, esta nueva etapa del estudio nos enfrenta a la magnitud de su alcance. Una vez que la iglesia ha aprendido *cómo* orar conforme a la voluntad de Dios —con rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias—, la pregunta inevitable que surge es: *¿por quién debemos ejercer este ministerio sacerdotal?* La respuesta del apóstol Pablo, inspirada por el Espíritu Santo, cae como un mazo sobre nuestros prejuicios naturales y nuestras inclinaciones particulares.

La fe cristiana, por su propia naturaleza, se resiste a ser domesticada dentro de las fronteras de una cultura, una etnia o una preferencia política. Mientras que el instinto humano tiende a proteger a "los nuestros" y a demonizar a "los otros", el evangelio nos empuja hacia una apertura radical. En esta sección, exploraremos cómo la instrucción de orar por *"todos los hombres"* no es una sugerencia de cortesía social, sino la consecuencia lógica de creer en un solo Dios y en un solo rescate pagado en la cruz. Aquí, la dogmática se convierte en ética; lo que creemos sobre el Padre Celestial determina inevitablemente por quién doblamos nuestras rodillas.

Capítulo 3.1: La Deconstrucción del Exclusivismo Religioso

La frase que Pablo introduce en el versículo 1, "*por todos los hombres*" (en griego, *hyper panton anthropon*), actúa como una carga de profundidad contra el exclusivismo religioso que siempre amenaza con infiltrarse en la comunidad de fe. En el corazón del hombre caído existe una tendencia gravitacional hacia el aislamiento; nos sentimos más seguros cuando creemos que la gracia es un privilegio exclusivo de nuestro grupo, de nuestra "tribu" espiritual. Sin embargo, la eclesiología misionera de Pablo desafía frontalmente esta mentalidad, demoliendo las barreras que limitaban la preocupación divina a ciertos grupos de iniciados o a élites morales.

Este mandato de universalidad nos obliga a mirar el mundo a través de los lentes de Dios. El término "**todos**" es escandalosamente inclusivo. No se limita a los hermanos en la fe que comparten nuestra liturgia, ni a los vecinos amables que respetan nuestros valores. La instrucción abarca a los lejanos, a los hostiles, a los indiferentes y, crucialmente, a los enemigos. En el contexto de la vida real, esto significa que la lista de oración de la iglesia debe incluir nombres que nos incomodan, figuras públicas que antagonizan con nuestros principios y líderes que quizás desearíamos ver caer. La oración se convierte así en el antídoto divino contra el odio sectario; es imposible mantener un corazón lleno de amargura hacia alguien por quien rogamos diariamente ante el Trono de la Gracia.

La fundamentación de esta apertura no es un humanismo sentimental que busca "llevarse bien con todos", sino una realidad teológica innegociable. La razón por la que oramos por todos es teocéntrica. Pablo lo establece con una claridad dogmática absoluta en **1 Timoteo 2:5**: "*Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre*". Esta declaración de monoteísmo tiene implicaciones devastadoras para cualquier forma de racismo o nacionalismo espiritual.

La unidad del Creador exige la universalidad de Su mensaje. Si el universo estuviera gobernado por múltiples deidades territoriales, como creían los paganos, sería lógico que cada nación o grupo se preocupara solo por su propio dios y su propio pueblo. Pero al haber un solo Dios Soberano, Su relación con la humanidad es absoluta y abarca a todas las naciones sin excepción. No existe ser humano en la tierra, por muy alejado que parezca, que no haya sido creado por el Padre Celestial y que no viva bajo Su jurisdicción. Orar por todos es reconocer que Dios es Dios de todos, no solo de la iglesia.

Paralelamente, la singularidad de la mediación refuerza este mandato. Al afirmar que hay un solo Mediador, Jesucristo, eliminamos cualquier jerarquía espiritual humana. Todos, desde el emperador en su trono hasta el esclavo en las minas, necesitan al mismo Mediador para acercarse al Padre. No hay un "camino real" para los poderosos y un "camino secundario" para los humildes. La necesidad espiritual es el gran nivelador de la humanidad. Cuando la iglesia intercede por un gobernante tirano

o por un ciudadano común, lo hace sabiendo que ambos están en la misma posición de bancarrota espiritual sin Cristo. Nuestra oración es el reconocimiento de que la puerta de la salvación es única, pero está abierta para todo aquel que quiera entrar.

Esta verdad desmantela el orgullo espiritual. Nos recuerda que nosotros mismos, que ahora estamos dentro, fuimos una vez "los de afuera". No oramos desde una posición de superioridad moral, sino desde la gratitud de haber encontrado al Mediador. Al extender nuestras oraciones hacia la totalidad de la raza humana, estamos simplemente reflejando el corazón de Aquel que, en Su infinita benevolencia, cumple lo expresado en **Mateo 5:45**: *"que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos"*. Al interceder sin acepción de personas, el creyente se alinea con la gracia común de Dios, quien sostiene la vida de toda Su creación mientras el tiempo de la redención permanece abierto para todos.

La intercesión universal no es solo un deber litúrgico, sino la práctica diaria de abrazar una convicción profunda: la de creer que el evangelio es, verdaderamente, lo que el apóstol define en **Romanos 1:16**: *"Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego"*. Al orar por cada estrato de la sociedad, la iglesia actúa bajo la certeza de que no existe corazón tan endurecido ni estructura tan compleja que sea inmune a ese poder (*dynamis*) divino que transforma la muerte espiritual en vida eterna.

Capítulo 3.2: La Soteriología de Dios y el Rescate de Cristo

Si el capítulo anterior estableció la amplitud del mandato, este nos sumerge en la profundidad del deseo divino. La motivación para orar por las autoridades y por todos los hombres no es meramente pragmática —para tener una vida tranquila—, sino profundamente soteriológica. Pablo nos revela en **1 Timoteo 2:3** que esta actividad intercesora es: *"Porque esto es bueno y aceptable delante de Dios nuestro Salvador" (Soteros)*.

El uso del título Salvador (*Soteros*) para referirse al Padre no es accidental. Nos recuerda que la esencia del carácter de Dios hacia la humanidad caída es salvífica. No es un Juez ansioso por condenar, sino un Salvador que busca restaurar. La voluntad de Dios es explícita, tal como lo declara el apóstol en **1 Timoteo 2:4**: *"e/ cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad"*. Esta declaración es el motor que impulsa la maquinaria de la intercesión eclesial. Si el corazón del Padre late por la redención de la humanidad, el corazón de la iglesia no puede latir por otra cosa. No podemos ser indiferentes al destino eterno de aquellos que gobiernan o de aquellos que nos rodean, porque Dios no es indiferente a ellos.

La oración por las autoridades, entonces, adquiere una dimensión estratégica eterna. Oramos por paz social no como un fin en sí mismo, sino para crear las condiciones donde el evangelio pueda correr libremente y los hombres puedan llegar al

conocimiento de la verdad. Nuestra intercesión busca alinear la historia humana con el propósito redentor del Señor. Cuando pedimos sabiduría para un presidente o justicia para un magistrado, en el fondo estamos pidiendo que Dios ordene las circunstancias para que muchos puedan encontrar el camino de regreso a casa.

Pero esta voluntad salvífica no es una aspiración vacía; tiene un fundamento histórico y legal inamovible: **la cruz**. El apóstol describe la obra de Cristo con un término técnico de inmensa riqueza: *antilytron* (Strong G487). Esta palabra se traduce como un "rescate" o "contra-precio". El uso de la preposición *anti* es crucial, pues enfatiza el carácter sustitutivo de Su muerte: Él ocupó el lugar de los pecadores para pagar el precio de su liberación legal.

El concepto de *antilytron* nos habla de un intercambio. Cristo no solo pagó una deuda; Él se entregó a Sí mismo *en lugar de* todos. Fue la vida del Inocente por la vida de los culpables. Este rescate es la base de nuestra confianza al orar. No nos acercamos a Dios pidiendo misericordia basándonos en los méritos de la sociedad, que claramente no los tiene, sino basándonos en el precio que ya fue pagado. Oramos por la salvación de los hombres porque sabemos que hay un rescate suficiente, infinito y perfecto que ha sido depositado en la tesorería del cielo. La sangre de Cristo es la moneda que garantiza que nuestra intercesión no es una utopía.

Aquí es donde la instrucción pastoral cobra un valor apologético y ético vital, especialmente cuando consideramos la tentación de la iglesia de involucrarse en la lucha por el poder político mediante métodos carnales. El comentario clásico de **Robert Jamieson, A.R. Fausset y David Brown** arroja una luz indispensable sobre este punto. Según estos autores: *"La oración por los gobernantes es el antídoto contra el espíritu de rebelión; Pablo protege a la iglesia de ser absorbida por movimientos políticos revolucionarios, como el de los zelotes (zelotes) —grupo judío que buscaba derrocar al Imperio por la fuerza—, estableciendo que la influencia cristiana en la sociedad debe ser mediada por la gracia y la intercesión, no por la espada"* (Jamieson, Fausset y Brown, Comentario Exegético y Explicativo de la Biblia, Casa Bautista de Publicaciones, 2003, p. 542).

Esta observación es de una actualidad punzante. La tentación de los zelotes es perenne: creer que el mundo se cambia mejorando las estructuras de poder mediante la fuerza, la coacción o la revolución violenta. Sin embargo, la teología del *antilytron* nos enseña otro camino. Si Cristo salvó al mundo entregando Su vida, la iglesia no puede pretender "salvar" a la sociedad quitando la vida de otros o imponiendo su voluntad por la fuerza. La intercesión es la alternativa del Reino a la violencia de los hombres. En lugar de levantar la espada contra el César, levantamos las manos santas hacia Dios. En lugar de conspirar en las sombras, acudimos al "único Mediador" en la luz.

"La intercesión es la resistencia del Reino que conquista, no derramando la sangre de sus enemigos, sino apelando a la sangre que fue derramada por ellos"

La conexión entre la voluntad salvífica de Dios y el rescate de Cristo define la misión de la iglesia. Somos los heraldos de un Dios que salva y los testigos de un precio que fue pagado. Nuestra oración por *"todos los hombres"* es la declaración pública de que no damos a nadie por perdido, porque el rescate (*antilytron*) de Cristo es poderoso para rescatar al más vil de los pecadores.

Al comprender esto, nuestra intercesión deja de ser una rutina religiosa y se convierte en una participación consciente en el drama de la redención. Cuando oramos por las naciones, estamos reclamando lo que Cristo compró. Estamos diciendo: *"Señor, dado que hay un rescate, trae a las almas al conocimiento de Tu verdad"*. Esta es la fundamentación dogmática que sostiene nuestra práctica pastoral. No oramos porque sea fácil, ni porque los gobernantes lo merezcan. Oramos porque hay un solo Dios, un solo Mediador y un rescate universal que nos obliga, por amor, a interceder por todos.

Así, la Sección 3 cierra el círculo teológico: la universalidad de la oración se basa en la unidad de Dios, y la eficacia de la oración descansa en el sacrificio de Cristo. Con esta certeza, la iglesia puede enfrentar cualquier contexto político, no con temor ni con agresión, sino con la tranquila seguridad de que sostiene en sus manos la llave que abre el cielo: ***la intercesión fundamentada en la cruz.***

Nos adentramos ahora en la **Sección 4**, donde la teología de la intercesión aterriza en la experiencia cotidiana de la iglesia. Pasamos del "por qué" teológico al "para qué" vivencial.

SECCIÓN 4: LA FENOMENOLOGÍA DE LA PAZ

Hemos recorrido el mandato de orar, el lenguaje técnico de la intercesión y la base dogmática del rescate universal. Ahora, el apóstol Pablo nos conduce hacia el propósito pragmático de esta disciplina espiritual. *¿Qué sucede cuando la iglesia ora fielmente por las autoridades? ¿Cuál es el resultado tangible en la vida de la comunidad de fe?* La respuesta no se encuentra en la conquista del poder político, sino en la creación de una atmósfera espiritual y social específica.

La intercesión no tiene como fin último convertir a la iglesia en una fuerza de conspiración exitosa, sino permitir que el pueblo de Dios desarrolle su vida en un entorno de quietud que favorezca la piedad y el testimonio. En esta sección, analizaremos la ***"fenomenología de la paz"***: *cómo se manifiesta la respuesta de Dios en nuestra realidad externa e interna, y cómo esa paz se convierte en el sustrato donde florece un carácter cristiano que impacta al mundo.*

Capítulo 4.1: Quieta y Reposadamente: La Dualidad de la Paz

El objetivo inmediato de nuestras rogativas y peticiones por los reyes y magistrados se describe con una frase que evoca una serenidad profunda, tal como leemos en **1 Timoteo 2:2**: "*para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad*". Esta meta se expresa mediante la construcción griega *hina eremon kai hesychion bion diagomen*. A primera vista, podría parecer una petición egoísta, como si la iglesia solo buscara comodidad y ausencia de problemas. Sin embargo, al examinar los términos originales, descubrimos que Pablo está describiendo las condiciones óptimas para la expansión del evangelio.

No pedimos paz para dormir, sino para trabajar.

La instrucción distingue **dos tipos de tranquilidad** que son esenciales para la vida cristiana. El primer término es **eremon** (Strong G2263). Esta palabra se refiere a una **tranquilidad externa o paz social**. Describe un entorno caracterizado por la ausencia de guerra, de disturbios civiles o de persecución estatal activa. Cuando oramos por *eremon*, estamos pidiendo a Dios que refrene la violencia de la sociedad y la hostilidad del gobierno para permitir la libre circulación de los santos.

La necesidad de esta paz externa es pragmática; es decir, responde a una utilidad práctica y funcional para el avance del Reino. La iglesia necesita libertad para reunirse, para edificar familias, para trabajar honradamente y para proclamar la verdad sin el temor constante a la espada o al encarcelamiento. Si el contexto social es de caos o tiranía absoluta, la energía de la iglesia se consume en la mera supervivencia. Por ello, intercedemos para que el Señor, en Su soberanía, conceda tiempos de estabilidad pública. No es una paz que nace de la ausencia de conflictos morales, sino una protección providencial que permite que la "tierra" esté tranquila para que la semilla de la Palabra pueda ser sembrada.

Pero la paz externa sería incompleta, e incluso peligrosa, si no estuviera acompañada por la segunda dimensión: **hesychion** (Strong G2272). Este término nos lleva del exterior al interior. Denota una **tranquilidad que surge del alma**, una calma del espíritu que no se ve alterada por la agitación política externa. Mientras que *eremon* depende de las circunstancias, *hesychion* depende del carácter. Es la quietud de quien confía en que Dios está en control, independientemente de quién se siente en el trono terrenal.

Esta distinción es crucial para la salud mental y espiritual de la iglesia contemporánea. Vivimos en una era de ansiedad política, donde las noticias y las controversias partidistas buscan robarnos la calma. La oración por las autoridades tiene un efecto boomerang: *al depositar nuestras preocupaciones sobre el gobierno en las manos del Padre Celestial, nuestro propio corazón recibe hesychion*. Dejamos de vivir en estado de alerta permanente, reaccionando con ira o miedo a cada decreto humano, y comenzamos a vivir desde un centro de reposo divino.

La combinación de *eremon* (paz alrededor) y *hesychion* (paz adentro) crea el ecosistema perfecto para el discipulado. Dios desea que Su pueblo viva sin

sobresaltos innecesarios. Cuando la iglesia disfruta de esta doble paz, no se vuelve pasiva; al contrario, se vuelve productiva. La energía que antes se gastaba en la ansiedad o en la defensa contra la persecución ahora se invierte en la construcción del Reino, en la educación de la próxima generación y en el servicio al prójimo. La paz es, por tanto, una herramienta estratégica para la misión.

Capítulo 4.2: Piedad y Honestidad: El Testimonio del Carácter

Si la paz es el suelo fértil, el carácter cristiano es el fruto que debe crecer en él. Pablo no pide tranquilidad para que los creyentes se entreguen al placer o a la irrelevancia, sino para que la vida comunitaria esté adornada con dos virtudes supremas: ***piedad y honestidad***.

Recordemos lo que nos enseñaba **1 Timoteo 2:2**: "*para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad*".

El primer fruto de esta vida pacífica es la *eusebeia* (***piedad***, Strong G2150). Este término es rico y complejo; no se refiere a una religiosidad mística o a una espiritualidad desencarnada que se vive solo dentro de las cuatro paredes del templo. La *eusebeia* describe la religión cristiana expresada en la conducta diaria, es la devoción práctica. Es el respeto reverente hacia Dios que se hace visible en cómo tratamos al vecino, cómo manejamos nuestros negocios y cómo nos comportamos en la plaza pública.

La oración por un gobierno estable tiene como fin que podamos demostrar esta piedad sin estorbos. Dios quiere que el mundo vea una comunidad que, en medio de la paz, no se corrompe, sino que vive con una orientación vertical hacia Él. La *eusebeia* es la evidencia de que nuestra fe es real. En un entorno de libertad, el creyente no usa esa libertad para pecar, sino para mostrar la excelencia del carácter de Cristo en las interacciones cotidianas.

La segunda virtud es la *semnotes* (***honestidad*** o dignidad, Strong G4587). La traducción "honestidad" en algunas versiones puede quedarse corta; el término griego apunta a una gravedad de carácter, una dignidad que inspira respeto. Se refiere a una seriedad moral que hace que el mensaje del evangelio sea tomado en cuenta por la sociedad circundante. El cristiano que vive con honestidad (*semnotes*) no es un aguafiestas, sino una persona con peso espiritual, alguien que no se deja arrastrar por la frivolidad ni por las pasiones bajas de la cultura.

Esta dignidad es fundamental para el testimonio público. Si la iglesia es percibida como frívola, histérica o moralmente laxa, su mensaje será despreciado. Pero cuando la comunidad de fe aprovecha la paz social para vivir con una gravedad santa, se convierte en una referencia moral para la nación. La *honestidad* es lo que hace que, incluso los incrédulos, busquen el consejo de la iglesia en tiempos de crisis, porque reconocen en ella una estabilidad que el mundo no posee.

Para ilustrar la importancia de este enfoque centrado en el carácter y la misión, es iluminador recurrir a la perspectiva de **Warren Wiersbe**. En su análisis sobre la vida

de fe, Wiersbe utiliza la poderosa analogía del servicio militar para explicar nuestra relación con el mundo civil, argumentando que: *"Así como un soldado en servicio activo no se enreda en los negocios de la vida civil para poder agradar a aquel que lo tomó por soldado, el creyente debe evitar enredarse en las controversias políticas mundanas que dividen y distraen"* (Wiersbe, Warren, Be Faithful: It's Always Too Soon to Quit!, David C. Cook, 1981, p. 42).

Según Wiersbe, la oración por las autoridades es una forma de fidelidad a la Gran Comisión. No oramos para que el gobierno haga nuestro trabajo, ni nos involucramos en la política para imponer el Reino por decreto. Oramos para tener la libertad de cumplir nuestro mandato: *predicar el evangelio a todas las naciones*. Esta perspectiva nos libera de la tentación de politizar la fe. Entendemos que nuestra "política" principal es la del Reino de los Cielos.

Cuando la iglesia vive así, aprovechando la paz (*eremon*) y cultivando la calma interior (*hesychion*), adornada con piedad (*eusebeia*) y dignidad (*semnotes*), sucede algo sobrenatural: *la iglesia comienza a brillar como una ciudad asentada sobre un monte*. Su carácter resplandece en medio de la mala gobernanza. Incluso si el emperador es corrupto, o si el sistema es injusto, la existencia de una comunidad que vive con tal dignidad y reverencia se convierte en una reprensión silenciosa a las tinieblas y en una invitación irresistible a la luz.

***"La paz social que pedimos no es para nuestra comodidad,
sino la plataforma para desplegar la santidad de Dios ante el
mundo"***

En conclusión, la Sección 4 nos enseña que la oración por las autoridades no es un cheque en blanco para el gobierno, sino una estrategia para la iglesia. Buscamos un entorno donde la violencia no ahogue la voz del evangelio. Anhelamos una vida donde el ruido de la política no destruya nuestra paz interior. Y sobre todo, nos comprometemos a usar esa paz no para el ocio espiritual, sino para forjar un carácter de piedad y dignidad que valide el mensaje de salvación que predicamos. La paz es el medio; la gloria de Dios manifestada en una vida santa es el fin.

SECCIÓN 5: EL DEBATE HERMENÉUTICO: ALCANCE DEL RESCATE

Llegamos ahora a uno de los puntos culminantes de la instrucción apostólica. Si las secciones anteriores nos entregaron el "cómo" y el "por qué" de la oración, este capítulo nos sumerge en la inmensidad del "quién". El texto bíblico nos confronta con una declaración que ha desafiado a los teólogos durante siglos, tal como leemos en **1 Timoteo 2:4**: *"el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad"*. Esta afirmación no es una simple frase piadosa; es un campo de batalla hermenéutico donde se define nuestra comprensión del corazón de Dios y la extensión de la obra de Cristo.

Para Palabras de Vida, este no es un debate académico estéril, sino el motor que define la urgencia de nuestra intercesión. Dependiendo de cómo entendamos la

magnitud de este "todos", nuestra oración adquirirá un matiz de confianza soberana o de urgencia evangélica. En esta sección, desglosaremos las dos grandes corrientes históricas que han interpretado este pasaje —la Reformada y la Dispensacional— y descubriremos que, aunque sus lentes son distintos, ambas convergen en la adoración a un Dios que no desea que Su iglesia viva de espaldas al mundo.

Capítulo 5.1: Perspectiva Reformada vs. Dispensacionalista

El núcleo de la tensión interpretativa reside en la palabra griega que Pablo utiliza para describir el objeto de la voluntad salvífica de Dios, nuestra ya conocida: ***panton*** (Strong **G3956**). Este adjetivo, que significa "todos" o "cada uno", parece chocar a primera vista con la realidad de que no todos los seres humanos son salvos. *¿Es la voluntad de Dios ineficaz? ¿O estamos entendiendo mal el alcance del término?* Aquí es donde la riqueza de la teología histórica ilumina nuestra praxis.

La Visión Reformada: El Universalismo de Categorías

La tradición teológica reformada, celosa por preservar la soberanía eficaz de Dios, ha interpretado históricamente el término *panton* no en un sentido distributivo absoluto (cada individuo biológico sin excepción), sino en un sentido categórico o de clases. Bajo esta óptica, cuando el apóstol instruye orar por "todos los hombres", no está afirmando un universalismo donde cada persona será salva, sino que está derribando las barreras de exclusión que caracterizaban al judaísmo del primer siglo y a las religiones étnicas.

La interpretación reformada sostiene que "todos" significa "toda clase de hombres": reyes, magistrados, esclavos, libres, bárbaros y cultos. Dios está declarando que Su gracia no se limita a un estatus social, a una raza específica o a una condición moral. Esto es fundamental para la iglesia, pues nos asegura que incluso los rangos elevados y hostiles no están excluidos de los propósitos salvíficos de Dios.

Esta perspectiva nos llena de una confianza audaz al orar por las autoridades. Nos recuerda que no existe un "tipo" de persona que sea inalcanzable para el Señor. El rey en su trono y el mendigo en la puerta están ambos dentro del espectro de las categorías que Dios ha elegido salvar. No oramos pensando que la elección de Dios está limitada por la posición social; oramos sabiendo que Él tiene pueblo Suyo en todas las esferas de la sociedad humana. La fuerza de esta postura radica en que nos obliga a romper nuestros prejuicios: *si Dios salva a "toda clase" de hombres, la iglesia no tiene derecho a excluir a ninguna clase de sus oraciones.*

La Visión Dispensacional: Universalidad Literal y la Urgencia del Tiempo

En contraste, la teología dispensacional defiende una interpretación literal y universal del término ***panton***, argumentando que el lenguaje natural del texto apunta a cada individuo de la raza humana sin excepción. Desde esta trinchera, se enfatiza la suficiencia infinita de la expiación: *Cristo murió potencialmente por cada ser humano,*

y la voluntad de Dios es, genuinamente, que ninguna persona perezca, aunque en Su soberanía permite que el hombre rechace esa oferta.

Para el dispensacionalismo, esta instrucción de orar por las autoridades adquiere un peso cronológico crítico. Esta escuela teológica entiende que la iglesia vive en un paréntesis de gracia, una "dispensación" especial diseñada para la reunión de los gentiles antes de la *parusía* (Strong **G3844**), la segunda venida del Señor. La oración por la paz social y la estabilidad gubernamental se convierte, entonces, en una herramienta estratégica para maximizar la cosecha de almas antes del fin.

La mención de la *parusía* (Strong **G3844**) inyecta una dosis de urgencia escatológica a la intercesión. Oramos para que el mundo sea estable, no para disfrutar de la vida, sino para "comprar tiempo" para el evangelio. Cada día de paz, cada decreto que permite la libertad de culto, es una oportunidad divina para que más individuos dentro de ese "todos" literal lleguen al conocimiento de la verdad. La iglesia actúa como una fuerza de retención que, mediante la oración, sostiene el dique contra el caos total hasta que el número de los salvos sea completado.

Un Punto de Encuentro. La Posición de Palabras de Vida:

Autoridad de la Escritura

Aunque estas posturas difieren en la mecánica de la aplicación del "todos", ambas coinciden en la magnitud del mandato. Y es aquí donde la voz de los eruditos clásicos nos ayuda a anclar nuestra fe. Como bien señala el comentario de **Jamieson, Fausset y Brown**, la instrucción apostólica tiene un valor apologético incalculable al posicionar a la iglesia como una entidad que busca la bendición universal y no la subversión política (*Comentario Expositivo*, Editorial Zondervan, revisión de 1961, p. 1346). Aunque estos autores aplican este principio al contexto de los zelotes, su observación sobre la naturaleza benigna y expansiva de la influencia cristiana resuena con fuerza en este debate: *la iglesia es la única comunidad en la tierra que intercede genuinamente por el bien eterno de todos sus conciudadanos.*

Ya sea que oremos confiando en que Dios salvará a representantes de "toda categoría" (visión reformada) o que oremos con la esperanza de alcanzar a "cada individuo" posible antes de la *parusía* (visión dispensacional), el resultado pastoral es el mismo: *una iglesia de rodillas, con el corazón abierto hacia el mundo.*

Esta síntesis nos libera de la parálisis del análisis. No necesitamos resolver todos los misterios de la elección divina para obedecer el mandato claro de la intercesión. Sabemos que el sacrificio de Cristo es suficiente para todos, que el deseo de Dios es benevolente hacia la humanidad y que nuestra responsabilidad es levantar manos santas sin ira ni contienda.

***"La teología del rescate no es un laberinto para perdernos,
sino la plataforma desde la cual lanzamos nuestras cuerdas de
amor hacia un mundo que naufraga"***

En última instancia, la Sección 5 nos deja con una verdad ineludible: ***Dios es más grande que nuestros esquemas***. Su voluntad salvífica es un océano que desafía nuestras medidas humanas. Al orar por las autoridades y por todos los hombres, la iglesia se alinea con ese corazón divino que late con compasión por las naciones. No somos los jueces de quién merece salvación; somos los sacerdotes que interceden confiados en que el *todos (panton)* de Dios es infinitamente más amplio que nuestros pequeños círculos de afinidad.

SECCIÓN 6: IMPLICACIONES PARA LA PRAXIS PASTORAL Y ÉTICA CÍVICA

Hemos navegado por la historia, la lingüística y la dogmática. Hemos visto el corazón de Dios y el rescate de Cristo. Pero la Palabra de Dios nunca nos deja en el reino de las ideas abstractas; siempre nos empuja hacia la calle, hacia la plaza pública, hacia la realidad tangible donde la iglesia debe vivir su fe. Si la teología no se traduce en una práctica ética, se convierte en gnosticismo estéril.

En esta sección final, abordaremos la pregunta más urgente: ***¿Cómo vive una iglesia que cree en todo lo que hemos estudiado?*** La respuesta nos lleva a redescubrir nuestra identidad corporativa. No somos un club social ni un partido político; somos el cuerpo de Cristo ejerciendo funciones sacerdotales y proféticas en medio de una generación cínica. Aquí definiremos nuestra postura ante el Estado, no desde la ideología, sino desde la identidad espiritual.

Capítulo 6.1: La Función Sacerdotal y Profética de la Iglesia

La instrucción de Pablo posiciona a la iglesia en un lugar de inmensa responsabilidad estratégica. Al mandarnos a orar por las autoridades, el apóstol nos define como una entidad mediadora que ejerce un sacerdocio universal. El sacerdote es, por definición, un constructor de puentes (*pontifex*). Su función es estar de pie entre Dios y los hombres, llevando la presencia de Dios a la tierra y llevando las necesidades de la tierra ante Dios.

Cuando la iglesia ora, no está simplemente murmurando deseos; está realizando una labor de mantenimiento espiritual de la sociedad. Así como un edificio necesita mantenimiento estructural para no colapsar, la sociedad humana, marcada por el pecado, necesita la preservación constante de la gracia. Al interceder, la iglesia actúa en obediencia a las palabras de nuestro Señor registradas en **Mateo 5:13-14**: *"Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo"*. En esta doble función, actuamos como la sal que previene la descomposición moral y la luz que disipa las tinieblas de la injusticia. Somos los encargados de sostener, mediante la súplica, el tejido moral que impide que nuestras naciones se desmoronen en la barbarie absoluta, reflejando así el carácter preservador de Dios en medio de un mundo caído.

Pero esta función sacerdotal va de la mano con una función profética indispensable. Al presentar a los gobernantes ante Dios, la iglesia les está recordando

implícitamente una verdad que el poder tiende a olvidar: *ellos no son la autoridad suprema*. La oración es, en sí misma, un acto político de la más alta envergadura porque declara que el trono del César está subordinado al trono de Dios.

Esta perspectiva transforma nuestra intercesión en una forma de resistencia no violenta contra las pretensiones totalitarias de cualquier Estado. Cuando un gobierno exige lealtad absoluta o se erige como la fuente de toda verdad, la iglesia que ora dice: *"No. Hay un Rey por encima de ti"*. Afirmamos que el César (la autoridad civil suprema) tiene un límite, y ese límite es Dios. No necesitamos salir a las calles a quemar edificios para resistir la tiranía; nuestra primera y más potente resistencia es doblar las rodillas ante el Único que tiene el poder de poner y quitar reyes. Al orar por ellos, los ponemos en su lugar: como siervos de Dios, no como dioses.

Capítulo 6.2: Desafíos del Siglo XXI y Ética de la Oración

Trasladar estos principios al siglo XXI nos enfrenta a desafíos culturales específicos. La iglesia contemporánea navega en un mar de secularismo y cinismo. El secularismo es esa visión que busca excluir a Dios de los asuntos públicos, relegando la fe a la esfera privada. El cinismo, por su parte, es la desconfianza extrema hacia la honestidad de los líderes, una actitud que asume que todo político es corrupto y que el sistema no tiene arreglo.

Ante este panorama, la tentación de la iglesia es doble: o retirarse en un aislamiento santo o lanzarse al activismo partidista. Sin embargo, la ética de la oración nos llama a resistir la tentación de convertir el púlpito en una plataforma partidista. La iglesia no está llamada a ser el brazo espiritual de un partido de derecha o de izquierda; está llamada a ser la voz profética que ora por todos. Debemos mantener una intercesión inclusiva centrada en la justicia y la protección de los vulnerables, independientemente de quién gobierne. Nuestra lealtad es a los principios del Reino, no a las plataformas políticas humanas.

Para que esta oración sea efectiva en la era de la información, debe ser una oración informada y específica. No basta con orar "Señor, bendice al gobierno". Debemos utilizar datos sobre desafíos reales —crisis económicas, leyes injustas, tensiones fronterizas, epidemias— para elevar rogativas que nazcan de una comprensión real del sistema. Una iglesia que lee las noticias con la Biblia abierta es una iglesia que sabe cómo apuntar sus oraciones hacia los centros de dolor de la sociedad.

Aquí es donde la sabiduría de la herencia puritana nos ofrece una guía invaluable. **Matthew Henry**, en su monumental *Comentario de la Biblia*, argumenta con una empatía pastoral profunda que los gobernantes son quienes más necesitan la oración de la iglesia. *¿Por qué?* Porque están sujetos a tentaciones y presiones únicas debido a su alto cargo.

La soledad del poder, la adulación constante, la presión de tomar decisiones que afectan a millones y la tentación de la soberbia son cargas que el ciudadano común no conoce. **Matthew Henry** sostiene que al orar por nuestros líderes tomamos el

curso más sabio para asegurar nuestra propia paz, pues, como declara la Escritura en **Proverbios 21:1**, el corazón del rey está en la mano del Señor: *"Como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová; a todo lo que quiere lo inclina"*. Según este autor: *"Al interceder por ellos, reconocemos que el Señor lo inclina según Su voluntad; por tanto, orar por el líder no significa estar de acuerdo con su política; significa reconocer que su alma está en peligro y que su gestión necesita desesperadamente la intervención de la sabiduría divina"* (Henry, Matthew, Comentario de la Biblia Matthew Henry: Obra Completa, Editorial CLIE, 1999, p. 1824).

"La iglesia no ora para validar la agenda del gobernante, sino para invocar la agenda de Dios sobre el gobierno"

SÍNTESIS CONCLUSIVA

Al cerrar este estudio de **1 Timoteo 2:1-2**, nos encontramos ante una verdad ineludible: *la oración por las autoridades no es un apéndice de la vida cristiana, sino el motor de nuestra relación con el mundo.*

Hemos visto que el estudio presenta la oración por las autoridades como un acto de fe en el señorío de Cristo sobre la historia. No oramos porque seamos débiles, sino porque creemos en el poder del Único Soberano. La iglesia que toma en serio este mandato descansa en la soberanía de Dios y utiliza su libertad no para la comodidad, sino para proclamar la verdad que hace a los hombres verdaderamente libres.

Que este estudio marque un antes y un después en nuestra praxis. Que dejemos de ver la política con los ojos del miedo o del odio, y empecemos a verla como el campo de misión donde nuestra intercesión abre brecha. La intercesión no es una retirada del mundo, sino una intervención estratégica en su destino espiritual.

Seamos, pues, esa iglesia. Una iglesia que ruega, que adora, que gestiona y que agradece. Una iglesia que vive quieta y reposadamente, adornada de piedad, brillando como luz en medio de las naciones, hasta el día en que Aquel que es el Rey de Reyes venga a establecer Su gobierno eterno de justicia y paz.

GLORIA A DIOS !!!

Oración de Cierre

Padre Eterno, Dueño de la historia y Soberano sobre todo trono y dominio: hoy nos acercamos a Ti con el corazón ensanchado por Tu Palabra. Te pedimos perdón por las veces que hemos usado nuestra boca para la queja en lugar de la intercesión, y nuestras manos para el juicio en lugar de la bendición.

Te rogamos por aquellos que ostentan el poder, para que sus decisiones permitan que Tu pueblo viva en paz y que Tu mensaje de amor llegue a cada rincón. Haz de nosotros instrumentos de esa "paz quieta", que nuestro carácter refleje a Cristo y que nuestra oración sea el puente por el cual muchos lleguen al conocimiento de la

Verdad. Gracias por el privilegio de ser Tus colaboradores en este mundo. En el nombre de Aquel que dio su vida en rescate por todos, Jesús. Amén.

Preguntas para la reflexión:

1. ¿Cómo cambia mi perspectiva sobre mis gobernantes al entender que la oración por ellos es un mandato "axiológicamente prioritario" para Dios?
2. Si la "Acción de Gracias" es el reconocimiento de la Gracia Común, ¿qué motivos de gratitud puedo encontrar incluso en gobiernos con los que no estoy de acuerdo?
3. ¿De qué manera mi búsqueda de una "vida quieta y reposada" está motivada por el avance del Evangelio y no solo por mi comodidad personal?
4. Ante el debate sobre el alcance del rescate de Cristo, ¿cómo influye mi postura teológica en la urgencia y el fervor de mi oración por los no creyentes?
5. ¿Estoy ejerciendo mi "función sacerdotal" en mi ciudad, o he permitido que el exclusivismo religioso me aisle de la necesidad redentora de mi prójimo?

Cuestionario de Evaluación

1. ¿Qué significa el término "Rogativas" dentro de las cuatro dimensiones de la comunicación divina?
2. ¿Cuál es el objetivo principal de buscar una vida "quieta y reposada" según el estudio?
3. ¿Cuál es la diferencia fundamental entre la visión Reformada y la Dispensacional sobre el "alcance del rescate"?
4. ¿Cómo se define la "Prioridad Axiológica" de la intercesión en el contexto de la instrucción a Timoteo?
5. ¿Qué dos virtudes componen el "testimonio del carácter" que el creyente debe proyectar en la sociedad?

Respuestas del Cuestionario

1. Es el reconocimiento de la insuficiencia humana y la expresión de una necesidad profunda ante Dios. (Sección 2, Capítulo 2.1, pág. 6).
2. Crear un escenario propicio (paz externa e interna) para que el mensaje del Evangelio pueda ser proclamado y recibido. (Sección 4, Capítulo 4.1, pág. 13).
3. La visión Reformada se enfoca en un "universalismo de categorías" (gente de toda clase), mientras que la Dispensacional enfatiza una "universalidad literal" y la urgencia del tiempo. (Sección 5, Capítulo 5.1, pág. 16-17).

4. Se refiere a que la intercesión no es una opción secundaria, sino una prioridad de valor fundamental en el orden del culto y la vida cristiana. (Sección 1, Capítulo 1.2, pág. 3).
5. La piedad y la honestidad. (Sección 4, Capítulo 4.2, pág. 14).

"Que la paz y la abundancia que encontramos en Jesús llenen tu vida".
Te saluda con amor fraternal, Daniel Liandro.

"En todo tiempo ama el amigo y es como un hermano en tiempo de angustia".
(Prov. 17:17)



REFLEXIONA CON DIOS

